

»Viste Bonaparte, habitualmente, uniforme de cazador con la placa del Águila. Come á las ocho de la noche y sólo está media hora sentado á la mesa. Se acuesta unas veces temprano y otras más tarde, pero se levanta varias veces durante la noche. En la antecámara velan constantemente dos criados, que le dan luz cuando se despierta. Por lo común, llama á Gourgaud ó á Las Cases, para dictarles, pues él no escribe jamás. Está componiendo la historia de su vida, y según me dicen, ha llegado ya á Marengo. Temeroso de que no le sea fiel la memoria, recurre á las *Gacetas*, *Boletines* y *Monitores* que ha traído. Con esto ya supondréis cuán *fielmente* brillante será su historia. Nosotros le hemos traído cerca de tres mil libros. Los tiene hace cuatro días, y tan alborozado está, que no se ocupa en otra cosa. Hasta ahora se ha negado á vernos, porque dice que somos espías.

»El gobernador tiene orden de guardarle los mayores miramientos y le da el título de *Monsieur*. Sólo le ha visto tres veces. Le ha convidado á comer, pero Bonaparte rehusó el convite so pretexto de indisposición. La señora de Lowe me dijo risueña: «Todavía no le he visto. No ha querido venir á casa, y me alegro mucho de ello.» El gobernador, cuya corrección linda con la suspicacia, no se resolvería á forzar militarmente la puerta de Longwood, y así nos ha rogado que esperemos unos días más. He convenido con el gobernador que si Bonaparte mantiene la negativa le escribiré yo separadamente, diciéndole que, venido aquí en virtud del tratado de 2 de Agosto, con expreso encargo de verle y levantar atestado de su presencia, para enviarlo á mi gobierno, no sólo esta primera vez, sino una cada mes por lo menos, le rogaba que me facilitara el cumplimiento de la rigurosa orden que se me había dado. Como las instrucciones recibidas por el barón de Stürmer le ordenan también *verle con sus propios ojos*, hará lo mismo que yo. En cambio, el conde de Balmain no trae puntualizado este encargo, y no se ha creído en el caso de unirse á nosotros, por cuanto el mismo emperador Alejandro *escribió, de su puño y letra, una apostilla recomendándole que tuviera el mayor miramiento con Bonaparte.*

»Como el gobernador está reñido con Bonaparte, se ha dirigido á Bertrand, con quien mantiene buenas relaciones, para tratar de nuestra entrevista, á la que el mayordomo mayor quería dar carácter de

audiencia, por lo que le preguntó si traíamos cartas de nuestros soberanos. El general Lowe le respondió, sonriente, que según el tratado de 2 de Agosto, por el cual se le constituye prisionero en Santa Elena, nosotros habíamos venido, etc. Bertrand respondió que el Emperador no conocía dicho tratado ni se consideraba prisionero. Desde entonces, no ha habido más respuesta.

»El almirante, que no desempeña cargo oficial en la isla, quiso ver á Bonaparte, y hubo de someterse á las mismas formalidades que cuantos extranjeros van por curiosidad á visitarle. El almirante recibió una carta del mayordomo mayor, con el sello imperial y la inscripción: *Mayordomo mayor de Palacio*, notificándole el día de la audiencia, y le recibió con mucha cortesía. Deseosa también la señora de Malcolm de ver á Bonaparte, solicitó audiencia por mediación de la señora de Bertrand y la recibió dos días después. Bonaparte le envió la carretela de seis caballos á casa de la señora de Bertrand, pero tan delicada atención estuvo á punto de costarle cara, porque en una revuelta del camino se balanceó la carretela sobre un abismo que llaman *Agujero del diablo*, y gracias á los dos hombres de escolta, que desengancharon á tiempo los caballos delanteros, no le ocurrió un mortal percance á la almiranta. Recibióla muy bien Bonaparte, y le habló mucho del tío de ella, lord Keith, encargado de notificarle el decreto de detención y de conducirlo á bordo del *Northumberland*. La recibió en el salón (pues ordinariamente da audiencia á los extranjeros en el jardín), en donde estaban la señora de Bertrand y su marido, Las Cases y Gourgaud, quienes permanecieron de pie mientras la señora del almirante conversaba con Bonaparte, sentada junto á él en un sofá. Al ver el almirante aquella situación acercó dos sillas, una para sí y otra que ofreció á la señora de Bertrand, quien, de pie y con los ojos clavados en Bonaparte, no se atrevía á sentarse. Comprendió él lo que aquello significaba é hizo señas de que se sentaran todos. Esto sucedía anteayer. Al salir de la entrevista, habló el almirante con Bertrand y le dijo: «Yo no soy nadie y nada he de hacer en el interior de la isla. Me he conformado con la costumbre de los demás particulares y podéis contar conmigo en todo cuanto á la cortesía concierna, pero se os ha dirigido una petición y no habéis contestado.—Es cosa muy delicada,—repuso Bertrand.—Id con cuidado,—añadió el almirante,—porque

también tiene límites la paciencia. Pudiérais experimentar con algún disgusto. Creedme, no os expongáis.» Bertrand prometió hablar de ello.

»En esto estamos, y espero que no me vituperaréis por haber demorado una diligencia á que el gobernador no se ha negado, pero que le repugna profundamente. Por lo demás, los telégrafos funcionan con tal actividad, que recibimos partes cuatro veces al día; aunque, desde hace tiempo, son tan insignificantes que no vale la pena de leerlos.

»Si Bonaparte finge desvío hacia los jefes para alejarlos de él, en cambio, *mima* en extremo á los subalternos. En el almuerzo que ha dado á la oficialidad del *Northumberland*, les dió á todos ellos un recuerdo; caballos á unos, un juego de ajedrez y unos borlones de uniforme al médico. Toda la tripulación simpatiza con él, y un oficial que habla algo el francés le dijo al señor de Gors: «Es un hombre honrado y valeroso que no merece lo que le pasa.» Esta opinión era general en el buque, pues mi lacayo, que habla un poco el inglés, la ha oído constantemente de boca de los marineros. Sin embargo, el almirante y su mujer le detestan tan cordialmente como yo.

»Me ha dicho el gobernador que al enterarse Bonaparte de la muerte de Murat, exclamó: «Era un... siempre dije que era un necio.»

»La guarnición de la isla se compone del regimiento 53, con 600 hombres; del 66, con 700; el regimiento de la isla, con 600; cuatro baterías de artillería, con un total de 360 hombres, y una batería de artillería real, con 60. Nadie puede circular por la parte izquierda de la isla, ni los mismos que allí habitan, sin permiso expreso y nominal del gobernador. Después del cañonazo de la tarde, nadie puede salir de su casa sin el santo y seña, que no se comunica fácilmente. Se encuentran centinelas en todas partes. Además, hay un estado mayor que bastaría para un ejército de 30.000 hombres. Los extranjeros que desean ver á Bonaparte se dirigen de antemano á Bertrand, quien envía la lista de nombres al gobernador, y aprobada por éste, extiende aquél las notificaciones, que sirven de pase. Los mismos trámites se siguen con las poquísimas personas á quienes Bonaparte convida á comer. No obstante el rigor de estas precauciones, el gobernador dice que el almirante Cockburn se había relajado en exceso. El servicio de vigilancia es aún más severo. El puerto está guardado por el *Nemcastle* y la fragata fondea en la otra extremidad de la isla. Dos bri-

ques cruzan constantemente á vista de tierra, sin entrar nunca en el puerto. Al ponerse el sol, han de estar de regreso todas las barcas, y desde las cinco de la tarde ya no puede zarpar ninguna embarcación, como tampoco antes de salir el sol, ni siquiera el bote del capitán, quien se ha de quedar á dormir en tierra cuando no come á bordo, pues la hora de comer es aquí las cuatro de la tarde. Los pescadores están sometidos á la misma ordenanza, por lo que el pescado es muy escaso y tan caro como la carne fresca, con perjuicio de los habitantes, cuya alimentación habitual era.

»He conocido á la familia Balcomb (1). Las dos chicas hablan el francés. La menor, llamada Betzy, es muy lista y hace cuanto le viene en gana (2). Bonaparte la corteja, según supimos en Europa. Yo le dije á la muchacha: «No me extraña, señorita, que habléis tan bien el francés, porque Bonaparte os lo ha enseñado.» Ella respondió: «Ya, ya; no llega á tanto su galantería.—Pues yo me figuraba que vuestros lindos ojos le habían amansado.—No le conocéis. Yo le detesto.—Sin duda os da miedo.—¡Quiá! ¿A mi miedo? Al contrario, yo le doy miedo á él.—¿Y cómo es eso?—Pues encontré un día una espada en su aposento; la cogí y me tiré á fondo sobre él, que se refugió en un rincón, dando voces de socorro. Las Cases vino por detrás, y me quitó la espada.—¿Acaso queríais matarle?—No, pero sí hacerle un agujerito, para divertirme.» Verdaderamente, hubiera sido capaz de ello la joven, porque se complace en hincar alfileres en las pantorrillas ó morder hasta que salta la sangre.—«¿Hace mucho que no le habéis visto?—Ya hace tiempo.»—Su hermana me ha contado, delante de ella, que la última vez que le vieron, la cogió por la oreja diciéndole: «¿Qué tal? ¿Ya sois más juiciosa?» Me ha confesado la chica que es verdad lo dicho por su hermana y que Bonaparte le tiraba muy fuerte de la oreja. Entonces yo le he preguntado: «¿Y de qué os servía vuestra linda mano?—¡Oh! Os aseguro que le di un soberbio bofetón, del

(1) La familia Balcomb poseía una quinta llamada *The Briars*, en donde el Emperador residió los dos primeros meses. Después de instalarse en Longwood, continuó la amistad con esta familia.

(2) «Estas muchachas han tomado mucha familiaridad con él y su ingenuidad enamora al general, sobre todo la de la menor... que parece ser su predilecta, pues le dice cuanto le viene á la boca y todo se lo pregunta, sin que él deje de responder de buen grado.» (Viaje á Santa Elena, escrito por el secretario del almirante y publicado por el *Journal des Débats*, 4 de Noviembre de 1893.)

que se resintió de tal modo, que me apretó fuertemente la nariz, y la tuve encarnada todo el día.»

»Como todavía no tengo caballo, que me es indispensable, no he podido recorrer la isla. Resulta muy difícil procurarse un caballo, y cuesta de alquiler 15 chelines por cada vez. Me he visto obligado á alquilar uno, para ir á comer á casa del gobernador.

»Os suplico me dispenséis el mal papel que hago, pero no obstante las muchas atenciones que conmigo tiene Sir Lowe, todavía estoy en la posada, y en un aposento tan chico, que ni siquiera he podido abrir una caja. El gobernador ha cuidado de buscar alojamiento para el barón de Stürmer, que, como iba con su mujer, no podía quedarse en hospedaje. Además, su penuria no le consentía pagar nueve luises y medio diarios por un cuarto con pared desnuda. Media milla más allá de *Plantation-House* hay una cabaña, casi destechada, que Stürmer ha alquilado por 3.150 frs. anuales, con todas las reparaciones á su costa. Ha contratado por 15.000 frs. la restauración y amueblamiento de la cabaña, menos las camas. El gobernador se ha encargado de proporcionar los obreros y el servicio de acarreo, pues de lo contrario, no hubiera podido el barón salir airoso de su empeño. Los obreros escasean aquí mucho y el jornal es de nueve chelines, por lo que las gentes ricas se abstienen de edificar. Verdad es que Stürmer tendrá en su casa un jardín con frutales, cosa rara, una marrana preñada, tres ó cuatro ovejas y gallinero poblado. Afortunadamente, ha traído el barón un crédito de 72.000 frs., del que puede disponer libremente antes de fijar su definitivo sueldo, lo que hará dentro de dos ó tres meses. También á él, como á todos nosotros, le falta caballo, porque las distancias son demasiado largas y el calor demasiado excesivo para andar á pie. Aunque estamos en invierno, el termómetro señala constantemente 20° y 21° Réaumur, y por la noche, 18°. Si no fuese por la fuerte brisa marina que sopla todas las tardes, no podríamos conciliar el sueño. Llueve con frecuencia. Nadie sale de casa durante las horas de sol, excepto los negros y chinos, que sirven aquí de criados. No sé cómo nos podremos proporcionar caballos: una jaca cuesta cien luises.»

25 Julio 1816.—«Todo sigue en el mismo estado en que lo dejó mi última carta. Aún no hemos visto á Bonaparte, y, según indicios,

no le veremos hasta que el gobierno inglés dé orden de que le veamos. El barón de Stürmer y yo hemos escrito oficialmente al gobernador en solicitud de ver al prisionero y levantar, en consecuencia, un atestado, según las instrucciones que tenemos. El gobernador ha trasladado á Bonaparte nuestra solicitud, quien ha dicho que ya respondería, pero ni ha venido ni vendrá la respuesta. Más adelante expondré los motivos. El gobernador nos ha dicho que, como no tiene orden para imponerse por la violencia, hará cuanto de él dependa, sin llegar á semejante extremo, mientras no reciba nuevas instrucciones.

»Pero, si bien no he visto á Bonaparte, puedo certificar su existencia en el momento en que os escribo.

»Ya os he hablado del ascendiente que ha tomado sobre todo el mundo. Los subalternos le adoran porque los *mima* mucho, pero demuestra repulsión á los jefes, que le temen y le molestan en proporción al desvío que con ellos tiene. Esto es consecuencia de la manera cómo le trataba el almirante Cockburn, hombre altanero y rígido, pues se sentaba sin cumplidos delante de Bonaparte aunque éste permaneciera de pie. Llegaron las cosas á tal extremo, que Napoleón dijo un día: «Que me encadenen, si quieren, pero que se me guarden los debidos miramientos.» En fin, Sir Cockburn quiso presentarle en cierta ocasión un extranjero. Tras muchas vacilaciones, recibióle Bonaparte, pero se negó á que el almirante le acompañara. Desde entonces no se han vuelto á ver, ni siquiera al marcharse Cockburn de la isla.

»Hace poco conversaba Napoleón con un oficial y le decía: «Aunque llegara á salir de aquí, no volvería á Francia. Mi carrera ha concluído, pero tengo la esperanza de que algún día se trate á mi hijo con la justicia que merece.»

»El viernes pasado, por la noche, estuvo á punto de incendiarse Longwood. Empezó el fuego en una chimenea y gracias al auxilio de seiscientos campesinos, que acudieron á tiempo, fué posible detener, si bien con mucho trabajo, el avance de las llamas. Todos dicen que, diez minutos más tarde, se hubieran quemado hasta los cimientos. La casa es en gran parte de madera y apenas hay agua en aquel paraje. Los daños materiales se redujeron á la pérdida de algunos muebles y de un hermoso espejo, el mejor de la isla. Aunque yo no he estado todavía en Longwood, hubo de murmurarse que tal vez hubiese sido